

La Bruja De Las Mariposas Monarca

Gabriel Araico



Image not found.

Capítulo 1

LA BRUJA DE LAS MARIPOSAS MONARCA

I

Caminaba por el bosque un joven. Vestía humilde y sobre su hábito llevaba una capa vieja que lo protegía del frío. Viajaba con determinación entre hermosos paisajes coloridos y llenos de luz de sol que escapaban entre las ramas, creando sombras con formas diversas y esparcidas. La brisa fresca en su rostro era un placer para aquel joven que se detenía a momentos para aprovechar al máximo la caricia de ésta, levantando su rostro con los ojos cerrados hacia el sol. Luego de unos segundos continuó su camino. Siempre atento a los sonidos que creaba el bosque. Meditaba en silencio, como si una voz interior le indicara el camino correcto.

Cruzó un hermoso río con apenas unos centímetros de profundidad, pero tan extenso, que se perdía entre los árboles. Iba sobre pequeñas piedras que había a la orilla sintiendo el cosquilleo en sus pies y el sonido que le divertía. Siguió así por varios minutos acompañado por el río, como si fuera platicando con él.

Llegó a una zona en la que los árboles tenían tanto follaje que le era imposible pasar a los rayos de sol, creando una atmósfera fresca y agradable. Se detenía a momentos escuchando su voz interior que lo llevaba por el camino correcto.

Conforme se adentraba por el bosque, éste iba oscureciendo y los árboles poco a poco cambiaban de color, tornándose grises y sin hojas en forma escalada. El joven jamás mostró temor alguno, seguía caminando con pasos firmes y seguro de su objetivo.

Poco a poco aquel bosque lleno de vida hizo una transformación por completo, dejando al joven rodeado de una atmósfera oscura, inerte y color ceniza con ramas secas y árboles que desprendían melancolía. Su paso comenzó a desacelerar, el ritmo de su andar fue disminuyendo, convirtiendo sus sentidos de placer en precaución.

Buscaba con la mirada entre las ramas, caminando despacio con la esperanza de encontrar algo, alguien.

De pronto, una voz se escuchó a lo lejos. No pudo comprender lo que decía, y conforme se concentraba tratando de figurarlo, le siguieron varios crujidos de los árboles que estaban alrededor de él, obligándole a buscar

en varias direcciones.

Se sentía incómodo, atento a los ruidos tan extraños que lo intimidaban. Tenía miedo de descuidar su espalda haciendo movimientos rápidos con su cuello para estar alerta.

Una fuerte brisa levantó varias hojas sueltas en el suelo haciéndolas volar en círculos, agrupadas como una coreografía que daba la bienvenida a su presencia. Tenía puesta toda su atención en éstas cuando repentinamente escuchó el rozar de tela detrás de él. De inmediato una mano se apoyó con delicadeza sobre su hombro.

El terror lo dejó paralizado sin oportunidad para moverse. No se atrevía a girar y descubrir quién o qué estaba detrás de él. Quedó quieto, esperando... temblando.

—Está muy lejos de su hogar, jovencito laudero —dijo una voz femenina.

El joven sintió un poco de tranquilidad al escuchar aquella voz que parecía agradable y reconfortante, pero aun así no se atrevía a moverse.

La mano bajó de su hombro y escuchó a través del roce del vestido de la mujer, cómo se alejaba de él. Sólo entonces se atrevió a girar.

Frente a él se encontraba una hermosa mujer que llevaba un vestido rojo. Su piel era blanca y suave, de estatura baja y silueta delgada. Sus manos eran tan pequeñas que parecían frágiles al contacto. Su rostro era fino, su cabello negro con ondulaciones, caía sobre sus hombros con elegancia. Su boca era pequeña formando una mueca que incitaba hasta al más fuerte a besarla, sus labios provocaban ese intenso deseo. Todo era belleza en ella, con la excepción de su mirada. Y no es que sus ojos no hicieran juego, sino por el contrario, tenían tal brillo que se confundían con algo jamás visto antes. Reflejaban una intención extraña.

El joven dio unos pasos laterales despacio y con precaución, buscando convencerse de que aquello no era una aparición ni parte de su imaginación.

—Acércate. ¿Deseas tocarme? —preguntó la mujer misteriosa con una sonrisa discreta.

El joven estaba impactado por aquella aparición en medio del bosque.

—Tenía otro concepto de las brujas —respondió tartamudeando el joven y de inmediato cayó en cuenta de su falta de respeto—... ¡Perdón! Quiero decir que...

Pero la mujer misteriosa llevó lentamente su dedo índice a los labios del joven, indicando que guardara silencio. Ella lo seguía con la mirada mientras él seguía caminando despacio a su alrededor. De pronto el joven forzó la vista para notar un tatuaje en la parte trasera de su cuello. Se trataba de unas pequeñas alas. Trató de disimular su sorpresa y terminó de dar vuelta alrededor de ella.

—¿Te gustan? Tengo cierta fijación por las alas —dijo ella sin apartar jamás la mirada de él.

—Usted... Es que —el joven buscaba las palabras correctas—... es tan hermosa...

—Brighid... Brighid Aradia es mi nombre —interrumpió la mujer.

—Señorita Brighid, espero que por favor no me haya malentendido...

Ella comenzó a reír la mujer y súbitamente de la parte posterior de su vestido, arrastrándose por el suelo, salieron un par de serpientes que se lanzaron como flechas hacia el joven, quien sorprendido quedó estático, esperando que de esa manera se alejaran pronto de él.

—No tengas miedo, son como yo; elegantes, seductoras, sigilosas y astutas —las serpientes quedaron dando vueltas alrededor del joven y ella se acercó a él—... Además sólo atacan cuando es necesario —conforme decía esto y se acercaba ella a él, las serpientes emprendieron camino errático hacia los árboles.

El joven se apartó un poco de ella y con voz temblorosa buscaba dar explicaciones:

—Verá, señorita Brighid —estaba tan impactado ante su belleza, que por momentos bajaba la mirada para no mostrar su asombro—... la razón por la que he tenido el atrevimiento de venir hasta acá a molestarla es porque —decía cabizbajo y al levantar la mirada para seguir con su explicación, vio que la bruja se veía aún más hermosa al estar cerca. Su vestido rojo dejaba ver la silueta de su hermoso y delgado cuerpo, pero había esta vez tres mariposas anaranjadas que revoloteaban alrededor de su cintura, enalteciendo la belleza de su figura. Se recuperó de la sorpresa al ver aquellas mariposas e intentó continuar—... es porque tengo un problema ...

—Ya sé a qué has venido —interrumpió de nuevo.

—¿Lo sabe? —preguntó con temor.

—Estás aquí por culpa de una joya, un tesoro.

—Está equivocada... —sintió gusto al corregir a la bruja.

La mujer cerró los ojos como si buscara algo en su mente.

—Cierto, ella es para ti más que un tesoro... como un ángel... por lo menos así es como la consideras tú y la gente de la aldea —agregó la bruja—... Aunque... ¿De verdad crees que estás aquí por ella? —dijo al joven que permanecía en silencio y se sorprendió al escuchar su pregunta.

—¿Cómo sabe eso? ¿Cómo sabe que estoy aquí por alguien? ¿Y a qué se refiere con que estoy confundido en mi interior?

—Ah, muchacho. Tantas preguntas —al decir esto la bruja, los árboles alrededor crujían—... Dime... ¿Cuánto amas a ésta?...

—De una forma inimaginable.

—Ah, ya veo —respondió asintiendo con la cabeza y luego estiró un poco los brazos apuntando hacia él.

El trío de mariposas se dirigió al joven y revolotearon alrededor de él.

—Ahora dime. ¿Por qué es tan grande tu amor por ella?

—Ha sido el pilar de mi vida. Me ha dado la inspiración para crear las más hermosas melodías con mi violín, mis más grandes creaciones. Y al sufrir de su indiferencia, ni siquiera siento el impulso de fabricar o crear de nuevo. Ha sido la causa de mis desvelos, deseos y anhelos. Su belleza es de una magnitud divina. Y su presencia me había dado vida, fue por ella que en los momentos más oscuros de mi vida tenía yo esa pequeña luz de esperanza. Enfrentaría miles de demonios por recuperarla... Me enamoraría de ella... Imagine la importancia.

Las mariposas volaron formando círculos, de vuelta a la bruja y se posaron sobre su hombro. Cerró los ojos unos segundos y luego dijo:

—Veo que dices la verdad... Pero, ¿y ella? —ésta pregunta debilitó al muchacho quien se dejó caer de rodillas sobre la tierra— ¿Tiene acaso esta misma devoción por ti? —continuó la bruja.

El comenzó a llorar y conforme caían sus lágrimas sobre la tierra seca, comenzó a formarse la forma de un delfín. La bruja se acercó a él ofreciendo su regazo para consolarlo.

—No estoy nunca seguro de nada —decía entre sollozos—. Creo que ella es la bruja... sin ofender. Pero me ha embrujado tanto que me ha quitado

el poder para sonreír y hasta para crear. Es como un ser maléfico, a veces siento como si ella misma crease en mí ese deseo para luego hacerme sufrir. Y aquí estoy, muriendo porque supiera de mi existencia siquiera. En ocasiones hasta me tortura privándome de su imagen.

La bruja acariciaba con ternura su cabello mientras él se recostaba sobre sus piernas.

—Si estás tan convencido de que ella es tu deseo, yo te ayudaré. Solo una pequeña petición te haré —el joven levantó su mirada triste hacia ella y escuchaba con atención—... Me vas a acompañar por la noche a escuchar la música del bosque, eso pagarás a cambio. Bailarás conmigo hasta el amanecer.

Se puso de pie e intentó abrazarla con fuerza pero ésta se apartó despacio.

—Calma, hasta la noche de luna llena será. Debes volver a este mismo lugar en tres noches. El delfín te guiará para encontrar el lugar.

Giró su cuerpo por completo buscando la imagen del animal sobre el suelo y ahí estaba. Luego lo hizo de nuevo hacia la bruja, pero ésta se había desvanecido. La buscó con la mirada en los alrededores sin éxito.

Quedó viendo unos segundos hacia el delfín y por momentos pareciera que éste se moviera lentamente. Agitó su cabeza como si esta le hubiera jugado una broma, pero luego de recordar las serpientes y las mariposas, pensó que cualquier cosa extraña era ya normal en ese bosque.

En una pequeña aldea en el campo, llena de pequeñas cabañas que lanzaban columnas de humo por la mañana y algunos animales que se escuchaban dispersos, el joven corrió a su ventana buscando respuesta alguna de su amada, a quien mandaba por medio de un confidente cartas y mensajes de amor con la esperanza de algún tipo de respuesta, pero esta nunca llegaba.

«¿Y por qué habría de haber cambiado algo, si aún no he bailado con la bruja Brighid?» Pensaba. Sin embargo, el enamorado nunca pierde la fe, por lo que por la tarde y noche, repetía el proceso de ver si habían dejado alguna carta en su ventana, sin suerte.

Pasó así el día, esperando recibir una señal de su amada estando seguro de que ésta recibía sus mensajes y ella no respondía. Triste, se refugiaba en una pequeña imagen de ella grabada en un trozo de madera. Recordaba cuán enamorado estaba y cuánto le pedía a su enamorada poder leer algún mensaje de amor o le permitiera verla, pero ésta continuaba rehusándose. Mientras pensaba en esto, recordó cuando lo convencieron de buscar a la bruja del bosque...

—La bruja de las mariposas monarcas, eso es lo que tú necesitas, amigo —dijo su compinche mientras bebían cerveza en la taberna.

—¿La bruja de las mariposas...?

—Sí, pero baja la voz, Santi, en este pueblo todos dicen que ella es el mismísimo diablo. Que es lo peor que existe. Y como tú dices que te has enamorado de un ángel...

—Sí, un ángel que me hace sufrir... No responde a mis cartas ni me deja verla. Dime, Matías, ¿es mucho pedir que me deje verla? ¿Es mucho pedir de un enamorado, que le permita admirar la belleza del aquél ser del que está encantado?

—Yo no comprendo de esas cosas, Santi, pero sí he escuchado varias historias sobre el poder asombroso de la bruja de las mariposas monarcas, a la orilla del volcán —Santi inclinó su cuello hacia su amigo a través de la mesa para escuchar con mayor atención—. Dicen que es capaz de cualquier cosa —Matías volteó a ver hacia los lados, asegurándose que nadie lo escuchara y susurró—; ¡pero ten cuidado! ¡se dice que tuvo a un hombre enamorado por cien años! Así de grande es su belleza.

—¿Qué? ¿Cien años? ¿Pero cómo puede una bruja tener semejante belleza

y poder? ¿No se supone que las brujas son feas?

Ambos separaron sus cabezas y continuaron su plática en voz baja.

—Esta no, además, ésta elige cuidadosamente con quién quiere tratar y con quién no, hay personas que la han buscado por años y jamás la han encontrado. Y otras que incluso han desaparecido en su búsqueda.

—¿Sabes si alguien la ha buscado por motivos de amor? —preguntó Santi cada vez con mayor interés.

—No lo sé, tal vez... Tal vez ella te ayude a enamorar a tu ángel.

—¿Pero cómo un ser maligno puede ayudarme a conquistar a una buena mujer?

—Ay, Santi, y eso que yo no sé de cosas de amor. ¿Quién mejor que ellas para manejar semejante tipo de magia tan poderosa?

—¿Entonces el amor es magia? —preguntó Santiago confundido.

—Dime tú, que has estado tras ella tanto tiempo suplicando por verla, recibir un par de palabras o cualquier señal de amor, y sigues sin recibir nada.

—Cierto —responde Santiago meditabundo—, el amor debe ser cosa de hechicería.

Matías asintió con la cabeza mientras daba un trago a su bebida.

Acariciaba con ternura la pequeña imagen de madera, rodeado de otras pocas que había en el suelo a su alrededor. Luego se asomó una vez más por la ventana buscando la luna, con fe de que en un par de noches volvería al bosque y la bruja le ayudaría a conquistar a su amada. Sin embargo, había algo que no le consternaba. Se trataba del recuerdo del hermoso rostro de la bruja Brighid que luchaba en su interior. Trataba de apartar la imagen de aquella mujer envuelta en su vestido rojo, dentro de un bosque ausente de color. Tal vez eso era lo que la hacía resaltar tanto. El hermoso color de su cabello negro que caía sobre sus hombros delgados y ese vestido tan magnífico que abrazaba su cintura y caderas... Agitó su cabeza intentando borrar todo recuerdo de ella, se debía por completo a su amada, pero la había visto tan poco debido a que ella no se lo permitía, que le era difícil. Una vez que consiguió enfocarse en su enamorada de nuevo, se veía en su imaginación a lado de ella, abrazándola con ternura, acariciando sus manos y dándole un beso romántico. Imaginaba todo esto con tal ímpetu como si estuviera ahí. Su

mente lo llevaba del corazón a ese momento mágico, en el que la tenía frente a él y le decía cientos de palabras de amor que había reprimido en su interior, y cuando estaba por besarla sus ojos comenzaban a brillar de una forma espantosa con un color verde brillante y su sonrisa tomaba forma diabólica, con dientes en forma de alfileres.

De inmediato abrió los ojos y despertó lleno de sudor frío. Su frente estaba empapada y su cabello también. Se reincorporó con dificultad y se sentó de nuevo bajo la ventana, viendo hacia la luna. Esperando el día de mañana.

Una vez despabilado, decidió buscar a su amigo para enviar una nueva carta a su enamorada. Salió corriendo de noche, cuidando de caminar despacio cuando se encontraba con la gente por las calles. Llegó a casa de Matías y comenzó a susurrar su nombre a la orilla de la ventana sin obtener respuesta. Decidió abrir despacio la ventana que no ofreció resistencia alguna y entró a hurtadillas. Se acercó despacio a su amigo, quien dormía profundamente y entre sueños pronunciaba el nombre de Daniela. Santi espero un poco esperanzado de descubrir algún detalle delatador, pero al ver que Matías no hacía más que repetir el nombre y dar vueltas de lado a lado de la cama, decidió tocar su hombro con suavidad.

Matías dio tremendo sobresalto que provocó a Santi retroceder y caer de sentón.

—¿Pero, qué diablos, Santi? ¿Por qué me has despertado de esta manera? ¡Y con esos pelos que me has hecho creer que eras el diablo mismo!

—Sí, claro. Un demonio muy parecido a Daniela, ¿verdad? —respondió Santiago mientras se levantaba del suelo un recuperándose del golpe.

Matías se sentó a la orilla de la cama.

—¿Eh?, ¿Daniela, cuál Daniela, de qué hablas?

—Bah, no importa, Matías. Necesito que me hagas un último favor con tú ya sabes quién.

Matías negaba con la cabeza conforme lograba despertar.

—Por Dios, Santi, ¿otra carta más? ¿No crees que han sido demasiadas? A este paso, si no la enamoras mejor abandona la laudería y hazte escritor.

—Calla, Matías, que esta vez es definitivo. Tengo la solución, y ha sido tu

propio consejo, gran amigo.

—¿Por fin vas a ser responsable?

—No, Matías, eso no. Pon atención —se sentó cerca de Matías—; He ido por fin a buscar a la bruja de las mariposas monarcas. La que me dijiste, en el bosque a la orilla del volcán.

—¿Que has hecho qué? —preguntó sorprendido dando un salto fuera de la cama.

—Lo que has oído, amigo. He seguido tu consejo y he ido a visitar a la bruja.

—¿Y qué ha pasado? Dime ya.

—Pues que no es nada de lo que te imaginas —Santi da un suspiro y se sienta en una silla vieja, su amigo le sigue de cerca—... es mucho más hermosa de lo que cuentan todos esos mitos y leyendas.

—¿De verdad?

—Sí, Matías. Es un ángel...

—Pero si lo mismo dices de la Alejandra...

—Alexa, Matías, Alexa. Hasta su nombre es divino.

Matías lo miró confundido.

—¿Pero ahora te expresas así de la bruja?

—Brighid, Matías, Brighid... Tiene un nombre encantador.

Matías perdió la paciencia y se dirigió a su cama.

—Tú estás loco Santi, claro que es encantadora, ¡es una bruja, Santi! Yo ya no quiero saber nada de esto, que tengas suerte con tu bruja Alexa y con tu ángel Brighid —se acostó de nuevo en su cama cubriéndose con la sábana hasta la cabeza—...o creo que era al revés, ya ni sé, por eso a mí ya no me interesa.

Santiago se levantó de su silla y fue hasta su amigo para inclinarse a su lado y dijo:

—Pero Matías, ahora es cuando más necesito de tu consejo. Estoy tan confundido. Mira, aquí te dejo la carta. Por favor toma en cuenta que es el último intento que hago por este medio. Después de tres noches, debo

volver con la bruja al bosque y no sé qué será de mí

Matías descubrió un poco su cabeza para poder ver a Santi.

—¿Que vas a hacer qué? ¿Y si te desaparece como a los demás que nunca han vuelto? —descubrió su rostro completo— ¿Estás fuera de tus cabales? No sé cómo se me ocurrió darte semejante idea.

—Matías, tú sabes cuánto la he amado. Han sido años.

—Lo que estás es... pero en fin. Mañana veré que puedo hacer. Por ahora, márchate y déjame dormir.

Finalizó y se cubrió de nuevo la cabeza con la cobija.

—Gracias, Matías, te debo una —dijo y corrió a toda prisa hacia la puerta.

Matías se descubrió de nuevo mirando con enojo a su amigo que salía del cuarto por la ventana.

III

Al otro día por la mañana, tan pronto Matías vio a su patrón, pidió permiso para ir a comprar unas rosas que dijo le habían hecho como encargo. Lo consiguió y salió corriendo al mercado en busca del puesto donde trabajaba Alexa. Conforme se acercaba a ella entre la gente, la descubrió a lo lejos en su puesto. Estaba serena, rodeada de rosas cortando las espinas de un manojito que tenía en su lecho. Su serenidad era contagiosa, la hacía verse bella conforme acariciaba las flores. Matías

se detuvo un momento a una distancia segura.

«Vaya que es hermosa... Hay, Santi, no puedo culparte... ¿Pero llegar tan lejos? ¿En qué estabas pensando, amigo?»

Se acercó al puesto de flores y con voz nerviosa dijo:.

—Disculpe, damisela...

—Gracias por lo de damisela, Matías.

—Bueno, quiero decir...

—¿Pero qué te pasa, Matty? ¿Por qué insistes en tratarme como una desconocida?

—Pues por lo que pasó hace mucho, y además yo... Bueno, eso no importa, la razón por la que estoy aquí es lo importante. Se trata de mi amigo el enamorado.

—¿Otra carta más que no se atreve a darme? ¿No le ha quedado claro que quiero verlo de frente? —preguntó con alegría poniendo más nervioso a Matías.

—Pues es que está por cometer una estupidez.

—Qué sorpresa en un hombre —respondió la jovencita en voz baja.

—¿Perdón? —preguntó Matías que no estaba seguro de lo que había escuchado.

—Nada, preguntaba que ¿cómo podremos ayudar a tu compañero?

—Pues verá... es que —Matías no sabía qué responder, era como si todo el ánimo con que se había decidido ayudar a su amigo se hubiera desvanecido en un instante—... Es que él... Necesita flores. Eso es, flores.

—¿Así de fácil, tontuelo? No hay nada mejor que unas hermosas rosas —respondió buscando entre sus flores—. Dime, ¿cuántas necesita tu amigo?

—No sé... ¿cinco?

Alexa suspiró con decepción.

—Por Dios, ¿y tú eres la ayuda de tu amigo? Sí que debe estar muy

desesperado —dijo y sonrió.

Matías se molestó por el comentario.

—Así es. Es más estúpido de lo que se imagina si me pregunta. Así que deme las rosas y punto.

—Mira, sin costo extra voy a ayudarlos a tí y a tu amigo ofreciéndoles seis de mis más hermosas rosas rojas —dijo exaltada y escogió las rosas que amarró con un listón y luego las entregó al joven.

Matías las tomó y quedó pensando unos segundos. Luego dijo:

—¿Cuánto es que me va a costar esto de ayudar a mi amigo?

—Bueno, pues por ser tú, Matty, puedes dejarlo así, que ya luego iré a la panadería a cobrarme con algo de pan.

—No soy Matty. Soy Matías, y me parece incorrecto esto, así que dígame la cantidad si es usted tan amable —al decir esto, buscó con la mano desocupada en sus bolsillos y antes de que Alexandra dijera palabra alguna, agregó—; Pensándolo bien, tenemos unos pastelillos nuevos de excelente calidad que están para chuparse los dedos, así que la veré por la panadería.

—Claro, Matty, ya nos veremos... Y ojalá salga del aprieto tu amigo y se atreva de una vez por todas a decirme las cosas de frente.

—¿Aprieto?... ¿cuál?... ah, cierto, claro —dijo y se preparaba a marcharse, pero volteó una vez más—. Y gracias.

Matías se alejó apresurado del puesto de Alexandra hacia la panadería.

Al llegar a su destino lo esperaba Santiago sentado a la puerta comiendo un pan, quien al ver a su amigo acercarse se levantó de inmediato y sin terminar el bocado preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo te ha ido? Dime

—Ay, Santiago...

—De prisa que debo volver a la Laudería.

—¿Y tú crees que mi pan se hace solo?

—Dime, ¿la has visto? ¿Verdad que es el ser más hermoso sobre la tierra?

—Pues sí, Santi, de que es bonita, es muy bonita. ¿Pero haberle vendido tu alma al diablo?

—No exageres, Matías, Brighid es sólo una mujer.

—¿Sólo una mujer? Es una bruja, Santi. Y ya ni sé quién es más, si esa que fuiste a buscar al bosque o está del mercado. Mira que no dejar de llamarme Matty...

—Pero dime ya, Matías. ¿Le has dado la carta?

—¿La carta? —preguntó y cubrió con sus manos su boca, abriendo los ojos grande.

—No me digas, Matías, que no...

—De verdad lo siento, Santi. Lo olvidé por completo... es que como te decía, ino dejaba de llamarme Matty! Y luego me dijo algo de unas rosas —levantó el manojo de rosas que llevaba en la mano—... Mira, ¿no son las rosas más hermosas que has visto jamás?

—¡Pero, Matías! ¿Cómo has podido olvidar haberle dado la carta? ¿No ves lo importante que es saber su respuesta antes de ir a ver a la bruja?

—¡Matías! —se escuchó un grito del interior de la panadería.

—Santi, perdóname, es que todo esto de ir a ver a la bruja... la que fuiste a ver al bosque... me tiene muy nervioso. Pero te propongo algo —acabando el día, apenas me deje salir don Ruperto, llevo a toda prisa la carta. ¿Te parece?

Santiago no dijo nada, estaba sentado en los escalones con la mirada perdida.

—¿Llevas la carta contigo? —preguntó.

—Claro, aquí está en mi bolsillo.

—Está bien, ayúdame por favor, amigo. Es importante —dijo con un último suspiro de esperanza, caminando despacio hacia la laudería.

—No te preocupes, que ya verás que con ésta sí la enamoras —dijo Matías tratando de animar a su amigo.

Apenas lo perdió de vista entró a la panadería, se puso su delantal y dijo a una colega:

—Necesito que me cubras con don Ruper por la tarde. Debo ir a mi casa por algo que he olvidado y llevarlo al mercado.

—¿Algo? Dime qué es ese algo o no te ayudo.

—Caramba, Daniela. Está bien, se trata de una carta de amor —al decir esto calló repentinamente, pensando en que tal vez haya sido mala idea el haber contado algo así.

—Con que una carta de amor, ¿eh?

—No es lo que tú piensas, Daniela. Se trata de... Mira, mejor ya no hagas preguntas ni saques conclusiones como siempre, así que dime si puedo contar contigo o no.

—Calma, Matty. Ya sabes que siempre puedes confiar en mí. Soy como una tumba. Más en cuestiones de amor.

—Bah, olvídalo.

Por la tarde Matías corría por las calles en dirección a su casa, al llegar entró aprisa y se dirigió directo a su cuarto. Abrió la puerta abruptamente y comenzó a buscar entre los muebles y debajo de la cama sin suerte.

«Sé que debe estar por aquí, anoche recuerdo que estaba en la cama y...»

Levantó el colchón de su cama y ahí estaba el sobre. Lo tomó a toda prisa y salió corriendo de vuelta al mercado.

Corría entre la gente a toda velocidad mientras el sol comenzaba a meterse. Al llegar al puesto de flores, éste estaba vacío.

Volteó a todas partes con la esperanza de verla partiendo o algo que ofreciera alguna pista si estaba cerca, pero no tuvo suerte.

La desesperación se apoderaba de él y preguntó en el puesto de al lado si sabían algo. Una jovencita que vendía semillas, explicó que se había marchado desde medio día y que generalmente ese día de la semana así lo hacía.

—¿Y a qué hora vuelven, pequeña? —preguntó Matías alterado.

—¿A qué hora? —la pequeña contaba con sus dedos— A mediodía.

—¿A mediodía?

—Sí, como a mediodía... dentro de unos tres o cuatro días.

Matías se exaltó al escuchar esto.

—¿Tres o cuatro días?

—Sí, se fue de caravana con su padre. Creo que van a juntar las flores que venden.

Matías se sintió vencido. Agradeció a la niña y se marchó triste.

Llegando a su casa lo esperaba Santiago ansioso.

—¿Y bien, Matías?

Matías dudó unos segundos y sonrió.

—Todo salió de maravilla. Ha recibido la carta y me dijo que ha de analizarla a fondo —hablaba despacio, pensando cuidadosamente sus siguientes palabras—, tan así, que ha decidido irse de viaje para meditar sobre sus sentimientos. Sí, eso es, se ha ido a meditar.

Santiago mostraba un rostro dudoso pero alegre al mismo tiempo.

—Así que se ha ido a meditar. ¿Abrió el sobre?

Matías esquivaba la mirada de Santiago.

—¿El sobre?

—Sí, el sobre en el que venía la carta. ¿Lo abrió y leyó la carta?

—Eh... sí. Comenzó a leerla y luego decidió marcharse. Te digo que me ha dicho que prefería leerla a solas. Lejos.

—¿Y así sin más se marchó?

—Sí, Santi. Ha decidido marcharse a meditar, así que ya no tienes por qué ir a ver a esa bruja, amigo. No te expongas más —el tono de Matías mostraba preocupación—. Te digo que dicen muchas cosas, no quiero que

desaparezcas en el bosque. Ya no la busques, mejor espera a que vuelva Alexa.

—No sé, Matías, se escuchaba muy firme cuando dijo claramente que volviera en tres noches.

—Pero es que si hubieras visto la sonrisa que se le dibujó a Alexa cuando leyó tu carta. Estoy seguro que ya no necesitas a esa bruja... la del bosque.

—¿De verdad lo crees Matías? —preguntó exaltado.

—Claro, Santi. Escucha mi consejo y espera unos días tranquilo a que vuelva, que ya verás que vuelve decidida por ti.

Santiago sonrió y cargó de un abrazo a su amigo. Matías se comportaba de manera nerviosa y se apartó de su amigo.

—Ahora tengo que irme, Santi, debo volver a la panadería a hacer unos pendientes. Tengo prisa —dijo y se marchó por el camino.

Santiago quedó con su mente en otra parte, se repetía a sí mismo en voz baja: «Abrió el sobre, comenzó a leer la carta y sonrió...». Caminaba pensando de un lado a otro y luego se sentó a la puerta sin dejar de balbucear las palabras que le había dicho su amigo. Segundos más tarde llegó Daniela quien lo vio concentrado en sus pensamientos.

—¿Cómo va el enamorado?

—Bien, gracias. Ahora más enamorado que nunca, puesto que soy correspondido.

—Me refería al otro enamorado, a Matías. ¿También ha sido correspondido?

—¿Cómo, Matías está...?

—¿No lo sabías? Vaya mejores amigos que son...

—Creí saberlo, es solo que yo tenía entendido que soñaba con...

Daniela se acercó presurosa a Santiago y preguntó agitada en voz baja:

—Dime, ¿lo sabes, sabes a quién lleva cartas de amor?

—¿Cartas de amor? —preguntó Santiago confundido.

—Sí. Esta misma tarde ha salido corriendo a su casa por ella y dijo llevársela a una mujer. Pero no me ha querido decir quién es. Y el muy cínico hasta me ha hecho cuidarle las espaldas con don Ruperto.

—¿Esta tarde llevó una carta de amor? —preguntó Santiago quien buscaba comprender todo aquello.

—Bah, no me importa. Si no quieres decirme me da igual. Tonta soy en creer que su amigo me diría con quien me traiciona ese cabeza de Ojo de Pancha.

—No, Dany, no entiendes, es que... —trataba de explicar Santiago.

—Me largo, que se enamore de quien quiera —dijo con indignación y se marchó por la calle.

Santiago quedó una vez más meditabundo sobre el pequeño escalón a la entrada, movía la cabeza de un lado a otro creyendo resolver el rompecabezas en su mente y luego de un salto salió corriendo.

Un par de calles adelante, se detuvo a distancia segura de Matías, quien en su caminar mostraba nerviosismo. Volteaba constantemente hacia los lados y detrás de él creyendo asegurarse de que nadie lo seguía. Santiago se cubría en alguna pared cada vez que su amigo hacía guardia. Lo siguió un par de calles más hasta que vio que se detuvo en una esquina y cautelosamente dejó caer algo en un canasto de basura. Luego se marchó.

Santiago esperó el tiempo suficiente para que Matías se alejara y no se enterara de su presencia, luego se acercó al cesto de basura y buscó en su interior. No le tomó mucho descubrir que el objeto lanzado al cesto era la carta que él mismo había escrito. Quiso asegurarse, por lo que abrió el sobre y comenzó a leerla. No había duda alguna, por lo que se sintió traicionado conforme caía la noche.

IV

Llegaba Santiago a la taberna en la que pasaba mayor parte del tiempo con su amigo y entró caminando despacio, como si su cuerpo cargara un gran peso.

Se dirigió a su mesa de costumbre, pero al llegar se detuvo antes de sentarse y prefirió buscar otra mesa lo más apartada posible de ésta.

Se sentó y pidió una bebida.

«¿Cómo puede ser? ¿Cómo ha podido traicionarme?»

Pensaba.

—¡Matías, Matías! Tengo algo que contarte amigo. Es urgente.

—Ahora no, Santi, don Ruper está de malas...

—Shhh, calla. ¿Escuchas? Son campanas angelicales. Creo que me ha seguido hasta aquí ese ángel.

Matías soltó la masa de pan y miró a su amigo de reojo.

—¿De qué estás hablando, Santiago?

—De el ser más hermoso que jamás hayan visto mis ojos. Mira, he grabado una imagen en madera de ella.

Santiago mostró a su amigo un pequeño cuadro de madera con el rostro de una mujer grabado en él.

—Está muy bonita tu obra de arte, Santi, pero para ser honestos, no puedo deducir mucho de esto.

—¿Estás ciego? ¡Está divina! —insistía su amigo.

Matías retomó la masa y siguió cocinando.

—¿Y cómo es que se llama este ser "divino"?

—¡Alexa!

—Ya... Alexa —respondió y siguió amasando.

—¿Ya? Lo dices como si fuera algo común. Es el nombre de mi ángel amado y lo mencionas con semejante indiferencia.

—Bueno, pues es que... Ahora que lo mencionas... No será "Alexa" hija del señor "Charles", el vendedor de flores ¿o sí? —preguntó Matías cuidando su pan.

—¿Pero cómo? ¿Es que la conoces? ¿Desde cuándo? ¡Responde! ¿Desde cuándo sabes de la existencia de semejante criatura? Y mira que no haberme dicho nada antes.

—Uy, Santi, la conozco desde que éramos pequeños. Solíamos ser buenos amigos, jugábamos seguido en el campo hasta que un día descubrimos juntos mientras jugábamos en el valle, unas florecitas curiosas que se nos ocurrió probar. Nos gustó el sabor y decidimos en aquel entonces que sería buena idea añadirlas al pan que fabricaba mi abuelo. Imagina el

resto. Sucedió que la noche que decidimos poner a escondidas el ingrediente secreto en el pan, éstos eran para un pedido especial de don Charles. Tenía una cena con invitados importantísimos y pues ya te has de imaginar lo que provocó nuestro aderezo al pan de los invitados. Mi abuelo descubrió que había sido yo, el señor Charles también, y pues se enojó tanto que jamás me dejaron volver a acercarme a ella.

—¿Pero qué ser tan vil es capaz de alejar a un hombre de semejante belleza? —preguntó Santiago con indignación.

—Santi, por favor, teníamos cinco años.

—¡Pero para ese entonces su belleza ya debería de haber sido inmensa!

—Bueno, ¿no será que tú habrás comido algo que encontraste en el bosque? ¿Cómo te has podido enamorar así de pronto?

—¿Cómo no podría cualquiera, amigo? Tienes que hablar con ella. Decirle de mí.

—¿Qué parte de hace años que no me he acercado a esa familia no comprendiste?

—Oh, tienes razón. Entonces haré lo que sé hacer.

—¿Le vas a hacer un violín? No sé si ella pueda tocarlo...

—No, Matías. Compondré hermosas melodías que jamás haya escuchado. He de enamorarla con mi música.

—Muy bien, Santi, me parece excelente tu idea, ahora podrías...

—Y con cartas de amor —interrumpió a su amigo—; con música y cartas de amor le he de demostrar cuán enamorado estoy.

—¿Cartas de amor? ¿Tú vas a escribir cartas de amor? Pero si eres el tipo más tímido que conozco, tú jamás te atreverías a entregarle —en ese momento Santiago clavó la mirada en Matías—... Ah no, ni lo pienses —dijo de inmediato Matías indignado.

—Vamos, Matías. Tienes que ayudarme... por favor.

—No, Santi, esta vez no me vas a arrastrar a tus locuras.

Despertó abruptamente de su recuerdo cuando se acercó la mesera a ofrecerle otra bebida. Este asintió con la cabeza y volvió a sus

pensamientos.

«¿Cómo no me di cuenta antes? Era obvio que él ha estado enamorado de ella todo este tiempo. Tenía yo razón, desde los cinco años debía ser un ángel del que se enamoró perdidamente. Me duele su traición. ¿Por qué no me lo dijo desde un principio?»

Recordó entonces cuando corría por las calles con desesperación, violín en mano. Seguía a Alexa a discreción y trataba de leer sus movimientos para anticiparse. En cuanto estaba seguro de la ruta a seguir de ella, corría un par de cuadras aprisa y comenzaba a tocar su instrumento con la esperanza de haber acertado a la calle por la que iba a pasar. No le preocupaba que la calle fuera precisa, confiaba en que llegarían algunas notas musicales a su oído y eso sería suficiente para buscar la fuente de la melodía y así entablar plática con ella.

Pero sus esfuerzos nunca fueron correspondidos. Cada vez que lograba adelantarse a ella, seguía de largo con indiferencia aun luego de intentarlo durante todo el recorrido hasta su puesto de flores.

—Te digo, Matías. Es imposible —contaba decepcionado a su amigo.

—¿Y corrías otras tres calles cada vez que la veías pasar?

Santiago asentía con la cabeza mirando hacia el suelo.

—¿No te parece increíble? Ni siquiera por esa razón se detuvo a corroborar si era yo un espejismo o algo así.

Matías reía al escuchar esto.

—Bueno, pues ya viste que la música no es tu fuerte —se burlaba de él.

—No me importa, Matías, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por su amor, así que...

—Oh, oh, tengo miedo a lo que estoy por escuchar.

—Estoy decidido al siguiente paso, voy a escribirle cartas de amor.

—Lo sabía —respondió Matías con un suspiro.

—Y tú vas a ser el mensajero.

—¿Yo? ¿Por qué?...

—Anda, Matías, tan solo hazme el favor de entregarlas, es muy

importante para mí.

—Santi, pero es que...

—Matías, eres mi hermano de toda la vida, ayúdame con esto. Estoy tan enamorado de ella que no sé si podría inclusive cometer alguna locura con tal de obtener su amor.

—Sí, eso lo sé. Por eso, pensándolo bien prefiero ayudarte. Pero sólo esta vez, no creas que voy a estar llevando cartas cada semana...

Santiago despertó una vez más de su recuerdo con una música triste que comenzó a sonar en la taberna. Una mujer cantaba. Con la mirada distraída por culpa del efecto del alcohol, enfocó lo mejor posible a la mujer y descubrió que llevaba un vestido similar al de Brigid. Le tomó algo de tiempo asimilar la semejanza, por lo que agitó un par de veces su cabeza.

La mesera repitió el proceso y le sirvió de nuevo. Matías apoyó la barbilla en sus brazos cruzados sobre la mesa y quedó así por largo rato. Admirando la similitud de aquella mujer y la bruja de las mariposas por la que sentía una atracción sin límites. Ese recuerdo lo llenaba de placer y tristeza.

V

Abrió los ojos con dificultad. Se encontraba tirado en el piso cerca de la taberna con medio cuerpo dentro de un charco de lodo cuando logró centrar la mirada en Daniela que estaba parada frente a él. Su rostro mostraba molestia.

—Vaya, ¿así es como se cuidan mutuamente los mejores amigos?
—reclamó a Santiago, quien debido a la resaca apenas conseguía comprender algunas palabras.

—¿De qué hablas?

—De tu amigo, que se ha ido tras su amada al desierto. Siguiendo una caravana...

—Esa cucaracha traicionera no es mi amigo.

—Pues ojalá sea una cucaracha y sobreviva porque vengo a contarte que se ha marchado temprano esta mañana tras una supuesta caravana.

«Sí, claro. En la que viaja su amada. El muy... se ha marchado tras ella, y cómo culparle, si yo hubiera hecho lo mismo si no fuera porque ahora sé la razón por la que me ha ignorado todo este tiempo. Los muy... se estuvieron burlando de mí todo el tiempo. Y claro, ahora se marchan juntos, ojalá...»

—¡Despierta! Que lo grave del asunto es que se avecina una tormenta de arena y ya veremos cómo le va al enamorado —dijo interrumpiendo el pensamiento de Matías.

—¿Qué me importa lo que le pase a ése...?! —gritó súbitamente Santiago.

—Está bien, pues, por mí que se lo lleve la bruja del volcán o su tiznada. Al cabo ya ni me importa —dijo con la voz quebrada en sus últimas palabras y se marchó refunfuñando.

«Sí, Daniela. Tú también has sido traicionada por ese granuja. No podemos hacer nada en contra del amor. Por eso ella ha rechazado todas mis cartas y él rechazó tu amor... Seguramente se han quedado de ver a mitad del camino y se marcharán juntos» —sacudió su cabeza despacio mientras se levantaba del suelo enlodado— «Que se lo lleve la bruja del volcán» —repitió las palabras de Daniela— «No todo está perdido» —pensó y se marchó.

Matías caminaba sobre las dunas del desierto. Su cabeza estaba envuelta en una mascada y vestía ligero, llevaba en su mano uno de las imágenes grabadas en madera de Alexa, que Santi había hecho con tanto esmero.

—Ya verás, amigo. He de demostrarle cuánto la amas —dijo agotado.

El sol lastimaba su vista al buscar la caravana en la que viajaba Alexa. Estaba agotado y la sed se apoderaba de él, caminó así durante el día entero hasta que el agotamiento y la falta de agua lo hicieron desvanecerse sobre la arena. A lo lejos, una nube oscura y enorme que rozaba el suelo, se acercaba a él.

Alexa viajaba en una carreta a toda velocidad debido a que sabían que una tormenta de arena se avecinaba. Entonaba con un silbido una de las canciones que había escuchado en las calles. En su mano llevaba una carta que leía con entusiasmo.

—¿Una de las cartas de tu amado? —preguntó su hermana quien iba frente a ella.

—Así es. La última vez que me visitó Matías esperaba una nueva, pero no hubo novedad.

—Tal vez has agotado el amor de tu admirador secreto.

—No lo creo, cuando leo sus palabras y recuerdo sus melodías, sé que su amor por mí es infinito.

—No existe tal cosa, Alexa.

—En el fondo de mi corazón sé que sí —dijo y estrechó la carta en su corazón.

—No deberías jugar así con el pobre muchacho, podrías causar algún daño.

—Bah, tonterías. Pronto sabrá de mis sentimientos. Es tan solo que me divierte tanto ver al par de ingenuos hacer disparates.

Ambas reían mientras continuaban su viaje.

Santiago recorría las calles del mercado cargando varias monedas en su mano y parecía buscar algo en particular mientras recorría los puestos. De pronto algo llamó su atención y se acercó a un puesto.

Minutos más tarde corría en dirección a su casa. Se sentó frente a la ventana en la que tantas veces había esperado recibir noticias de su amada y comenzó una nueva carta, le llevó un par de minutos y tan pronto la releyó un par de veces y se sintió satisfecho con el resultado, la metió en un sobre que selló con cera y guardó firmemente dentro de su

bolsillo.

Salió corriendo minutos más tarde hacia el taller de laudería en el que tomó algunos instrumentos y se encerró en uno de los cuartos por el resto del día sin tomar alimento alguno. Pasó ahí mayor parte del tiempo entre martilleos, y algunas veces, notas melodiosas de violín. Trabajaba en un nuevo instrumento, del cual tallaba piezas prefabricadas con minucioso detalle. Eran obras de arte que habían estado ahí esperando tal ocasión, para ser labradas con la inspiración que tanto había buscado el joven laudero por años. Acariciaba la silueta del instrumento mientras recordaba la bella silueta de la bruja que tanto lo había cautivado. Levantaba las piezas con la delicadeza que levantaría la mano de su musa y la admiraba concentrado, buscando y corrigiendo la más mínima imperfección, cuidando que cada detalle del instrumento fuera perfecto. Las horas pasaron desapercibidas para el apasionado joven y cayó la noche, que con su viento fresco avisó que se acercaba la hora de marcharse a su cita anhelada en el interior del bosque.

Como un toque final al detallado instrumento musical, grabó con sus herramientas un pequeño delfín a la orilla de éste y tres mariposas a un costado. Caminó hacia la ventana, y a la luz de la luna admiró nuevamente su creación lleno de satisfacción.

Admiró luego su aspecto y descubrió que estaba cubierto de aserrín y polvo, por lo que sacudió su cabeza y su ropa lo más que pudo. Luego de forma apresurada guardó sus herramientas y se marchó del taller con el violín recién creado en un hermoso estuche.

VI

Era una noche de luna llena. Santiago salió de su casa vistiendo sus mejores prendas y con su cabello peinado. Se le veía fresco y motivado. En su mano derecha cargaba el estuche con el instrumento en su interior. En la otra mano sujetaba un buen montón de rosas. Buscó una superficie de piedra en la que dejó descansando el estuche para asegurarse de llevar el sobre con la carta en el interior de su chaleco. Una vez confirmado esto, tomó de nuevo el instrumento y se marchó hacia el bosque.

Minutos más tarde llegaba Daniela a casa de Santiago sollozando. Tocó a la puerta con violencia diciendo entre lágrimas:

—Santiago, ¡abre! Tienes que ayudarme. El cabeza de “Ladrillo” no llegó a casa en todo el día y es hora que nadie sabe nada de él. Se ha formado un grupo de búsqueda —decía sin recibir respuesta alguna al otro lado de la puerta —... ¡Abre! Debes ir en busca de tu amigo —reclamaba llorando con más fuerza.

Golpeó un par de veces más la puerta y se deslizó hasta el suelo sin dejar de llorar, balbuceando palabras incomprensibles acerca de Matías.

Santiago caminaba apresurado por la orilla del lago en dirección de la última ubicación donde se encontró con la bruja. Volteaba continuamente hacia la luna como si le preocupara que de ésta dependiera el éxito de su cita. Su corazón latía con la impaciencia del de un enamorado. Sus manos sudaban y su mente divagaba en el momento del encuentro.

Finalmente llegó a un plano en el bosque en el que buscaba la imagen del delfín que recordaba se había formado sobre la tierra. Le tomó unos

segundos encontrarlo y cuando lo consiguió, caminó con cautela hacia él, mirando a su alrededor con ansia por encontrar a Brighid.

Se acercó a la figura que estaba sobre la tierra y se arrodilló frente a ella. Notó que aquella vez no había puesto atención en lo hermosa que era ésta. Admiraba la silueta del animal y su interior cuando levantó un poco la vista y se percató de la silueta de un vestido blanco, casi transparente. Se asustó al momento, pero pronto se recuperó y se levantó de inmediato sin soltar jamás sus rosas ni su portafolio.

Brighid permanecía frente a él sin decir nada. Con su rostro dulce y juvenil lo admiraba con ternura. Quedaron callados unos segundos, y cuando Santiago se disponía a decir algo, Brighid se adelantó.

—Vaya sorpresa verte por aquí. ¿Dime, estás dispuesto a cumplir con tu parte del trato para enamorar a la damisela en cuestión?

—Así es, pero es un poco más complicado...

—El amor siempre es complicado —respondió ella de inmediato.

Santiago dio un suspiro y agachó sus hombros.

—Vaya si lo sabré yo. Lo que ella hace conmigo es cruel. Me hechiza con su belleza, metiéndose en mi mente todo el día. Y cuando la busco, no me deja verle.

—Recuerdas la pregunta qué te hice...

—Claro que la recuerdo. Y tienes tanta razón; A veces me agota tanto que ya no sé si es lo que deseo en realidad.

—¿Bailarás conmigo hasta el amanecer? —preguntó Brighid y se acercó a él con su manos delgadas al frente.

Santiago tomó sus manos y gozó de un momento único. Movía la yema de sus dedos sobre la parte superior de las manos de ella.

—Tus manos, son tan... delgadas. Pero tu perfume... me transporta a momentos que... como si hubiera estado enamorado de ti toda la vida. Como si durante años te hubiera extrañado cada noche... y cada melodía compuesta hubiera sido contigo en mi mente, atormentado de nunca haberte amado lo suficiente. Siento miedo a saber que nunca haré lo necesario por tener tu amor y saber que voy a vivir el resto de mi vida desconsolado.

—A mí no me enamoran tus palabras, ni tu música o tus rosas. Me cautiva

tu interior. Tu ser.

—¿Es posible enamorarse de alguien sin mayor razón que su existencia?
Así me siento por ti.

Brighid lo miro a los ojos en silencio y él asintió con la cabeza. Ella llevó la mano izquierda de él a su cintura y levantó su mano derecha formando pose de baile.

El tema musical que Santiago había compuesto para ella comenzó a sonar en el aire, y entre los árboles se escuchaban coros angelicales. Sorprendido quiso encontrar la fuente de la música y las voces, pero al momento en que Brighid se acercó a él, no pudo más que contener la respiración y admirarla.

—También escribí un par de palabras para ti... —intentaba decir Santiago.

—Lo sé.

Dijo esto y se dio cuenta que estaba como un bebé indefenso a su merced.

Comenzó a bailar llevado de la mano conforme las notas musicales. Estaba en tremendo trance imposible de evitar. Sentía la música en su interior, y la presencia de Brighid tan cerca lo hacía temblar de emoción.

—Eres tan hermosa, pareces una muñequita. Déjame amarte por el resto de mi vida. Serás como mi religión y te adoraré sobre todas las cosas, permíteme darte mi vida, es lo más valioso que tengo y te la doy sin restricciones.

—Así será, mi amor. Así será —dijo con voz dulce a su oído.

Brighid sonrió y acercó su mejilla a la de él. Continuaron bailando.

VII

Las campanas del pueblo sonaban con fuerza avisando a todos que se aproximaba el inicio de la misa. Era un día soleado y hermoso, con un cielo azul lleno de nubes blancas. Un par de chiquillos pasaron corriendo frente al padre quien terminaba de dar las campanadas y se dirigía al interior de la iglesia cruzando frente a la enorme puerta de madera saturada de anuncios.

Entre éstos, había dos que avisaban de la desaparición de dos jóvenes. Uno había sido visto por última vez en dirección al desierto. El otro, en dirección al bosque a orillas del volcán. Ambos carteles, difíciles de leer debido al desgaste del tiempo.